

Gólgota, ni al cuerdo patriotismo de San Gregorio Magno, ni siquiera al *altruismo* frío de los modernos *sociólogos*.

De todos modos, Ipanandro Acaico es una de las glorias literarias de México; su nombre es saludado con respeto en el Viejo Mundo, y algún día él comprenderá que si los hijos honran á la madre, también la madre honra á los hijos; quizá entónces vuelva á tener por su país y por su raza el cariño ardiente con que hoy México dice, como Cornelia la romana: «siento más orgullo en ser madre de los Gracos que hija de Scipion el Africano.»



LAS ODAS DE PÍNDARO

DICE Aristóteles que nunca debe uno hablar de sí mismo ni bien ni mal, porque si es bien, será vanidad insufrible, y si mal, necedad ridícula. Razon tiene el estagirita; pero á pesar de tan sabio consejo, siempre Cero va á hablar de sí mismo, aunque no sean sino unas cuantas palabras.

No escribo para los sabios: en primer lugar porque me encontraria yo en el caso de Fígaro, en la pregunta de ¿quién es el público y dónde se le encuentra?; en segundo lugar, porque no sé cómo se escribirá para los sabios, y en tercero, porque siendo tan pocos, segun dice Fray Luis de Leon, no valdria la pena de calentarse para ello la cabeza, cuando la moderna ciencia del comercio tiene establecido el principio de «para ganar mucho vender mucho; y

para vender mucho, vender barato; » y este es el siglo de Mercurio, por más que Minerva quiera decir que es el suyo.

Así pues, no es extraño que Cero hable y escriba tanto en un estilo, que nuestros calaveras llamarían *catreri-to*, aunque los maestros en el buen decir, llevados de la indulgencia propia de quienes saben, lo bautizarían con el ménos ofensivo nombre de estilo llano.

Ha llegado á mis manos un libro intitulado: «Odas de Píndaro, » traducidas en verso castellano por Ipanandro Acaico, y materia dará ese libro el día de hoy para mi natural locuacidad y distraccion de mis lectores.

Antes de todo, preciso será decir que hay un rasgo de patriotismo en el prólogo de esta obra, que viene á rehabilitar á Ipanandro Acaico de las duras apreciaciones que por su falta de cariño á México y á los mexicanos, hice en mi artículo anterior.

Y ciertamente es satisfactorio leer en la primera página y en la carta dirigida á D. Marcelino Menendez Pelayo, las siguientes líneas:

«Al fin remito á vd. la version de Píndaro, con tanto ahinco solicitada y hace mucho tiempo ofrecida; pero no va manuscrita como vd. la espera, sino impresa con bellos tipos en la capital de la que fué Nueva España. A pesar de las ventajosas proposiciones de los editores de Madrid, prevaleció en mi ánimo un sentimiento de patriótica vanidad, y quise que la primera traduccion mé-

trica española del príncipe de los líricos saliese á luz en la misma México que vió nacer al traductor.»

Antigua es, entre los maestros de la literatura, la cuestion de si es posible traducir á los clásicos antiguos griegos y latinos, y si en caso de ser posible, los poetas deben traducirse en prosa ó en verso.

El abate Dubos ha tratado de probar que las mejores traducciones no ponen, á los que no entienden el griego ó el latin, en estado de comprender las bellezas de un poeta que escribe en alguno de estos idiomas; que al traducirlos pierden el vigor de su estilo y sus mayores bellezas, y llega á sentar en sus «Reflexiones sobre la poesía y la pintura,» que en una traduccion se pierden los hermosos rasgos y se conservan fielmente todos los defectos.

Doussault declara intraducibles á los clásicos por la imposibilidad de reproducir en nuestras lenguas modernas el carácter, el gusto y la diction del latin ó del griego. Marmontel en sus elementos de literatura, duda hasta de que Tácito haya sido traducido, y Montesquieu llega al anatema contra los traductores.

Realmente esto es llevar más que á la exageracion, al ridículo, el fanatismo literario; es, por decirlo así, el fetiquismo del idioma, y es suponer que el objeto de las palabras que el escritor empleaba no puede conseguirse sino con sus mismas palabras y en oídos acostumbrados á la pronunciacion y á las modulaciones de aquel idioma.

En efecto, ¿qué se propone un poeta, qué intenta un escritor al usar de una figura ó referir un acontecimiento? Indudablemente despertar en el cerebro del que lee ó escucha, la misma idea que brota de su cerebro, el mismo sentimiento que hace latir su pecho, y la contemplación exacta del cuadro que en su mente ha concebido, con igual energía en los contornos y con la misma viveza en el colorido, con la misma fuerza de entonación; por eso buscan la dulzura del ritmo, la elegancia en las frases, y hasta la onomatopeya en las palabras.

Y ¿quién puede decir que el idioma castellano, el francés ó el inglés, no hacen sentir á un hombre que hable cualquiera de estos idiomas, las bellezas de Homero y de Virgilio, con Herosilla, con Pope, con Delille, con Madame Dacier ó con Miguel Antonio Caro?

Seria necesario que en todo el mundo no se hablara más que un sólo idioma, y que en ese idioma hubieran escrito todos los autores.

Las religiones no serian posibles sino entre los individuos que hablaran en la lengua del fundador, porque si comprender las bellezas poéticas por medio de una traducción es imposible, los misterios y las sutilezas teológicas, que forman el fondo de las religiones, hubieran tenido que morir en su cuna.

Ninguna de las naciones que hoy profesan el cristianismo tendria idea de los Evangelios, y muy pocos alcanzarían el sentido de las Escrituras, redactadas en idiomas

que hoy se llaman muertos, y conocidas sólo por las traducciones.

Homero pinta un combate delante de los muros de Troya, y ocurre para dar brillo á su épico relato, á la figura de un leon cayendo sobre un rebaño; las palabras no serán las mismas del inmortal cantor de la Iliada, pero el que leyere una buena traducción, verá levantarse ante sus ojos, como evocados por un conjuro mágico, aquellos guerreros, caminando sobre sus carros en medio de las enemigas huestes; verá caer uno tras otro á sus poderosos adversarios, y luego, trasportado por la voz del poeta, contemplará el ensangrentado redil en donde el leon, con las fauces cubiertas de espuma, siembra el espanto en la inerme grey.

Supuesto que todos esos maestros que anatematizan á los traductores, quisieron pasar por sabios en esta materia, bueno habria sido ir más adelante, no contentándose sólo con asentar *á priori*, que es imposible comprender á un poeta si no se le puede saborear en el original, y que hubieran estudiado en el cerebro del hombre los fenómenos de la sensibilidad y del pensamiento.

Es opinion recibida, que la facultad del lenguaje articulado está circunscrita á una pequeña parte de los hemisferios cerebrales, en el borde superior de la cisura de Sylvius, frente á la ínsula de Reil y ocupando entre la mitad y tercera parte superior de la tercera circunvolución frontal. Esta aseveración que induce á localizar en

diversos puntos de la masa encefálica las operaciones del pensamiento, estudiada por Broca, ha tenido comprobación en las observaciones más modernas por las perturbaciones que causa una lesión en el cerebro, y que produce, ya la amnesia parálitica, ya la incoordinada, ya la aphasía, la agraphia ó la aphémia. Así lo dice Charlton Bastian en la adición de su obra sobre el cerebro y el pensamiento, publicada en París en el presente año.

Pues bien, el cerebro, educado para pensar en el idioma materno, al recibir la impresión de un idioma extraño, por más que á fuerza de estudio haya llegado á familiarizarse con él, siempre ejecuta esa operación que se llama *traducir*, aun cuando se suponga con algunos, que se puede llegar á pensar en idioma extraño.

«La influencia de la lengua que primero se ha aprendido,» dice el famoso filólogo americano Whitney, en su obra intitulada: «La vida del lenguaje,» «no se borra jamás de un espíritu. Son formas que una vez creadas, no pueden refundirse. Cuando aprendemos una lengua nueva no hacemos más que *traducir* sus palabras á la nuestra.»

Llega sin embargo una época en que ya no necesitamos hacer esa traducción, ó que al ménos no tenemos conciencia de que se ejecute ese procedimiento en nuestro cerebro; entónces algunos filólogos creen que se piensa ya en esa lengua extranjera, puesto que aun la nuestra llega á olvidarse algunas veces.

Yo difiero enteramente de su opinión. La lengua materna se adquiere, para decirlo en su último análisis, aplicando las palabras á los objetos; los niños conocen las cosas por sus nombres, ántes de poder ellos pronunciar esos nombres; por ejemplo: en una casa católica la madre le enseña al niño un crucifijo, y le dice: «papá Dios,» y cierra las manos en actitud de plegaria: el niño no comprende la relación entre esas palabras, mejor dicho, entre esos sonidos y la imagen del Crucificado, y la actitud de súplica; pero cada vez que ó le pongan delante la imagen, ó le repitan esas palabras, juntará sus manos, indicando con esto que se ha despertado en su cerebro la misma idea.

Aquella idea tiene su nombre en aquellas palabras, y ha de aparecer siempre con ellas, porque los «cerebros humanos, dice el doctor Luys en su obra «El cerebro y sus funciones,» en presencia de incitaciones exteriores que llegan á conmover su *sensorium*, reobran (responden), en todo tiempo, de una manera idéntica y común. «Representan todos, más ó ménos, una serie infinita de prismas de la misma composición, expuestos en ángulos semejantes á los mismos rayos incitadores que llegan á atravesarlos.»

Las palabras aplicadas á las ideas, no vienen, pues, cuando se pronuncian delante del que conoce el idioma á que pertenecen, sino á poner en actividad impresiones adquiridas, que almacenadas en las regiones del cerebro,

permanecen en estado latente, y que forman con su acumulacion el fondo del lenguaje y la reserva de que se hace uso para el comercio intelectual entre los hombres.

Pero al mismo tiempo, con la lengua materna se va formando lo que puede llamarse «el lenguaje interno,» el lenguaje del pensamiento que no necesita ya nombrar la cosa, ni la relacion, sino que las combina sin signo, y entónces, cuando el cerebro ha alcanzado el pleno desarrollo en un idioma cualquiera, no sucede ya como en el niño, que la palabra concreta la idea; es la cosa ó la comparacion que apropia la palabra, y vienen la sinonimia, y la figura, y la metáfora, haciendo revivir, no ya la impresion adquirida y dormida, sino la palabra que la produjo primitivamente.

Así, cuando una lengua extraña llega á hablarse con facilidad, sus palabras vienen á ser tan familiares que no se traducen ya; pero forman, no palabras de ajeno idioma para el cerebro, sino realmente sinónimos de las palabras de la lengua materna: no se piensa en ese nuevo idioma, porque las impresiones y las relaciones están ya formadas por el primitivo; se piensa en «lenguaje interno.» Una vez formada, recibida la impresion que corresponda en un cerebro á la palabra «Dios,» es la *misma* impresion la que despierta el «Deus» latino, el «Theos» griego, el «Good» inglés, el «Teotl» nahuatl, para todos los que conozcan estos idiomas, porque—como dice Charlton Bastian, citando á Thomson—dos interlocu-

tores no se detienen á investigar el sentido y significacion exacta de las palabras, «como no reflexionarian que «cada soberano que pasa por sus manos equivale á 240 «peniques.»

La traduccion puede producir tanto ó más efecto que el original, indudablemente, segun que el lector de una ó de otra, sean más á propósito para recibir la impresion.

Un lector que no haya visto jamas un leon furioso, aun cuando su lengua materna sea el griego antiguo, comprenderá ménos una descripcion que haga Homero de un leon furioso, que un hombre que lea esa descripcion traducida á su idioma, pero que haya presenciado en las montañas las terribles escenas de cólera del rey de las selvas.

El poeta no hace más que despertar impresiones existentes y producirlas por medio de comparaciones entre elementos formados de ideas preexistentes en sus lectores; el efecto será mayor cuando esos elementos ó impresiones sean más vivos y cuando el procedimiento intelectual en el lector para la comparacion, sea más rápido y más feliz.

Así, en las traducciones, la belleza de la idea despertada, depende del lector; las apreciaciones sobre la pureza del lenguaje en el original, eso es cuenta de literatos que siempre califican segun sus gustos.

Pero aun hay más, aun puede profundizarse esta materia.